

tu alma: desea confesar tus faltas, porque la confesion es ya una parte de la expiacion del pecado. Ve con modestia y recogimiento, sin ruido y sin ostentacion, cuando te acerques al tribunal de la penitencia. Declara del modo mas ingenuo y franco todas las circunstancias que han acompañado á tus faltas, porque preciso es que el ministro de Dios que está encargado de juzgar y perdonar, conozca á fondo la causa que á su sentencia se sujeta. Cumple fielmente la penitencia que te imponga, y eso te servirá de preservativo contra los pecados en lo futuro.

## CAPITULO XXX.

### LA COMUNION.

I. HIJA mia, ya que dócil á mi voz has sondeado las profundidades de tu conciencia, y con un dolor sincero has confesado á mi representante las faltas que te afeaban, ven al banquete divino que te he preparado. Vas á alimentarte con el pan de los fuertes: él te sostendrá en la peregrinacion de esta vida, y no es posible que despues de nutrirte con

mentos invidiosos e inútiles: palabras, ó no convenientes ó importunas: palabras que en tu corazon ó en el de otro manchan y oscurecen

él desfallezcas. Desde ahora tu alma va á formar con tu esposo una divina y santa alianza: es menester que no te acerques sino pura y llena de virtud. Es preciso que te vistas con el blanco ropaje de la inocencia, que llevan los immaculados en su camino. En mi Evangelio has visto cual fué el destino de las vírgenes necias, que no pudieron entrar á la sala de las nupcias. Cuidado, no sea esta tu suerte; é infaliblemente lo será, si careces de las santas disposiciones que para tan grande accion se necesitan. No, no, hija mia: ni tú querrás sufrir esa vergüenza, ni causarme ese profundo dolor. Tú te me presentarás cándida y pura, y llena de sencillez: solo habrá en tu alma perfume de virtud é incienso de oracion. Serás muy agradable á mi corazon: en tí mi vista descansará amorosamente, porque me habrás preparado un sagrario á donde pueda yo residir. Mis delicias son, tú bien lo sabes, vivir con los hijos de los hombres: ¿y qué deseo sino que sean dignos de recibirme?

II. ¿Recuerdas aquel dichoso dia en que por primera vez me recibiste? ¿Dias felices y radiantes con la inocencia de la niñez, cuán felices érais! ¿Cómo los consagrabas á mi

toda entera, cederán el lugar á otros mas graves é importantes. ¿Vacilarias aún entre Dios y el mundo? ¿Darías la preferencia sobre los

amor, y entonces tierna y piadosa niña, cuán hermosa no eras á mis ojos! Hermosa por tu candor, hermosa por tu inocencia, hermosa y amable por tus proyectos de virtudes. Mas ¡ay! que todas esas piadosas alegrías se han convertido en punzante tristeza! ¿Te queda algo de esos proyectos de virtud, de esos transportes de amor, de esas veleidades de perfeccion? Y si nada queda ya, ¿por qué esa diferencia? ¿Por qué á medida que has adelantado en edad, no has crecido tambien en sabiduría? ¿Por qué al acercarte al término has perdido todo el valor que al principio mostrabas? Considéralo bien, hija mia: un hábito funesto ha trocado muy presto tu ardor en tibieza é indiferente frialdad. Te has llegado á familiarizar con mis gracias, desestimás mis dones, y porque te los concedo fecunda y abundantemente, los hollas con desprecio. Tiembla y llora por estos pecados: acaso te abandonaré, y entonces ¡desgraciada de tí! ¡Oh, qué terrible cosa para una alma el verse desamparada de su Dios! ¡Qué congojosa soledad, qué amarga y terrible desesperacion!

III. Hija mia, ahora que te vas á acercar á tu Dios, aflijo tu corazon con mis palabras.

mientos trivols e inútiles: palabras, ó no convenientes ó importunas: palabras que en tu corazon ó en el de otro manchan y oscurecen

desagradan á los corazones carnales y llenos del espíritu del mundo. Estas instrucciones no las doy para hechizar el oido con la suavidad y armonía de las palabras.

Esto lo hace mi celo por tu felicidad: este lenguaje viene de mi cariño hácia tí. Padre tierno, pero juez inflexible, debo hablarte de esa manera. Y pues vienes á mí como una hija á su madre, como un hijo se acerca á su padre, yo te recibo como á hija, como á hijo mio muy querido. Conságrate á mí realmente y sin restriccion. Rompe esos miserables lazos que aun te detienen: hazte violencia para quedar libre de esos afectos que te encadenan: entrégate á tu esposo con los sentimientos mas sinceros y tiernos. Todo en este solemne momento he menester: tus pensamientos, tu voluntad y tus deseos. Desecha viles temores si estás resuelta al generoso sacrificio. Aun cuando en tu alma quedase algun lugar sombrío y triste, aun cuando hubiese alguna parte poco iluminada por el fuego divino, bien luego los rayos de mi sol vendrán á hacer que tu corazon se ensanche, y á fecundarlo para la virtud. Derramaré mis gracias sobre tí, y tu corazon solo será llama y amor divino. La tierra y sus alegrías no te interesarán: los pensamientos frívolos que antes te ocupaban toda entera, cederán el lugar á otros mas graves é importantes. ¿Vacilarías aún entre Dios y el mundo? ¿Darías la preferencia sobre los

amor, y entonces tierna y piadosa niña, cuán hermosa no eras á mis ojos! Hermosa por tu candor, hermosa por tu inocencia, hermosa y

bienes del cielo á los placeres falaces de la tierra? No lo olvides jamás: la figura del mundo pasa presto, y huye como una sombra. Llegará un día en que habrá de desvanecerse á tu vista. ¡Cómo te felicitarás entonces por haber colocado tu esperanza en Dios! ¡Cuán dichosa serás por haberme tantas veces recibido y recibirme todavía en tus últimos instantes! Desde ahora, por lo mismo, dispon en tu corazón un tabernáculo á donde yo pueda permanecer, á donde venga yo, en especial cuando llegue tu hora suprema, cuando me llames á voz en grito é invoques mi clemencia para que te admita en mi reino.

## FRUTO.

CUANDO recibas el sacramento augusto de la Eucaristía, forma luego un acto de fé; y considerando que Jesucristo oculta su grandeza bajo los humildes accidentes de pan, dale gracias, y haciendo un acto de amor por tan señalado beneficio, humillada despues profundamente, reconoce que eres indigna de recibirlo. Persuadida sin embargo de que á un Dios clemente y bueno te aproximas, llénese tu corazón de una confianza verdadera-

desagradan á los corazones carnales y llenos del espíritu del mundo. Estas instrucciones no las doy para hechizar el oído con la suavidad y armonía de las palabras, sino

mente filial: anímete una santa alegría, y ve á encontrar á tu Dios. Ruégale que te conceda la gracia de la perseverancia, para que algun día te llegues á su trono como ahora á la santa mesa.

## CAPITULO XXXI.

## ULTIMAS PALABRAS.

I. HIJA mia, te doy estas instrucciones amistosas porque eres mi hija, porque eres tambien esposa mia, y te las propongo como una regla para enseñarte á abandonar el mundo con sus vanos deseos, con sus mezquinas pasiones, con sus viles intrigas, con sus amistades equívocas ó falaces, en una palabra, con su vanidad entera. Para hacerte que marches por un camino nuevo, y para que mas y mas te eleves á la perfeccion, á que tú, como religiosa, has sido especialmente llamada. Por eso debes leer y releer estas advertencias saludables: óyelas muchas veces al día con atencion, y otras tantas renueva tu fervor y santas resoluciones. Mas al darte estas reglas espirituales, quiero tambien que mantengas tus oídos siempre abiertos á mis

amor, y entonces tierna y piadosa niña, cuán hermosa no eras á mis ojos! Hermosa por tu candor, hermosa por tu inocencia, hermosa y

inspiraciones secretas, para que me escuches cuando te diga interiormente lo mismo que por de fuera habrás oído. Quiero, pues, darte á leer mis inspiraciones, ya que te complaces en la lectura de las cartas y noticias que de tus parientes y amigos recibes, aunque esas cartas lo mas están llenas de vanidades, y solo sirven para sembrar en tu alma distracciones, turbacion, disgusto y oscuridad.

II. Desprecia y abandona todas esas lecturas, si no es que las hagas para gloria mia y te las diete un espíritu de sabiduría y de piedad. Dedicáte seriamente á la lectura de los libros que te presento; lectura enteramente espiritual y santa. Conságrate á la meditacion de esas piadosas páginas, para que con mi gracia solo te ocupes en el negocio de tu salvacion. Medítalas muchas veces por amor mio, haciendo á un lado todos los objetos capaces de distraer tu atencion. Porque no estoy satisfecho de tu amor si no deseas amarme al infinito, si no lo sacrificas todo por observar mi ley, y si el pensar en mi bondad y perfecciones no es para tí la ocupacion mas dulce y agradable. Deseo que medites y observes estas reglas, tanto mas, cuanto que

desagradan á los corazones carnales y llenos del espíritu del mundo. Estas instrucciones no las doy para hechizar el oído con la suavidad y armonía de las palabras, sino para proporcionar el sólido alimento de la verdad á los espíritus animados sinceramente de mi amor. Ni los pensamientos brillantes, ni las palabras hermosas, hacen al hombre santo, sino la observancia de mi ley.

III. Hija mia, no falta sino que vigiles incesantemente sobre tu corazón. Mis auxilios están prontos, y yo toco á las puertas de tu corazón. Conságrame y deja que á él penetre, amiga mia, esposa mia. Dame tu corazón y no desees á nadie mas que á mí, ya que yo mismo te deseo. No puedes recibirme en tanto que desees á otro que no sea yo, y mientras tengan en tu corazón entrada libre los afectos y cuidados de la tierra. No puedes poseerme, mientras estés poseyendo algo distinto á mí. Imposible será que me recibas, si á tí misma siquiera te posees. Sal, pues, de tí, y abandónate, y yo te poseeré entonces, y tú me poseerás á mí solo. De presente tienes un instante de tiempo: el porvenir que te espera solo tiene por límites la eternidad. Vigila de continuo sobre tí, te repito,

✠ *Dionisio*, arzobispo de Paris.

Por mandato de Monseñor el Arzobispo de Paris.—*Eglée*, canónigo secretario.

para que haciéndote digna de ser esposa mia, goces la dicha inefable de que yo sea tu esposo. Amame, pues, con fervor, á mí, que soy tu Dios y Redentor: piensa siempre en mí con una firme atencion: únete á mí, y conmigo persevera hasta el fin de tus dias; de tus dias, que ya sosegadamente se deslizan, llenos de felicidad, si en mí vives y observás lo que te acabo de enseñar.

periecciones no es para ti la ocupacion mas dulce y agradable. Deseo que medites y observes estas reglas, tanto mas, cuanto que

## ASPIRACIONES.

¡O buen Dios! ¡cómo os dignais de instruirme con tal paciencia y dulzura! ecsaminad atentamente mi corazon para entrar con seguridad en él! ¡Y cómo no escucharia vuestra voz misma, y cómo despreciaria yo vuestras santas instrucciones! No, Dios mio, no seré tan ingrata. Muy dulce y agradable es para mí vuestra palabra, vuestra presencia me estasía y me hace gozar anticipadamente vuestro reino.

¡A vos, Jesus mio, á vos solo pertenece la fuerza que me hará caminar por vuestro sendero! Concededme esa gracia poderosa, sin la cual cada uno de mis pasos seria una nueva caida. Pobre como soy y débil, ¡de cuántas tempestades no seré combatida, por cuántos pensamientos locos estraviada, si no me alargais una mano compasiva?

Aquí teneis, Señor, á la que llamais esposa vuestra. Se arroja á vuestros piés, con los ojos bañados en lágrimas y el corazon lle-

✠ *Dionisio*, arzobispo de Paris.  
Por mandato de Monseñor el Arzobispo de Paris.—*Eglée*, canónigo secretario.

no de amor, de santos deseos y resoluciones piadosas. Dignaos de levantarme y confortarme: socorredme, amparadme. Y al fin de mi vida conducidme al cielo á gozar de la inefable felicidad de vuestros escogidos.



perfecciones no es para ti la ocupacion mas dulce y agradable. Deseo que medites y observes estas reglas, tanto mas, cuanto que

## LA MAESTRA

# DE LAS NOVICIAS,

ILUSTRADA

## **SOBRE SUS DEBERES;**

Ó METODO DE DIRECCION

PARA USO DE LAS PERSONAS ENCARGADAS DE FORMAR LAS ALMAS  
EN LA PERFECCION CRISTIANA Y RELIGIOSA.

POR EL SR. ABATE LEGUAY,

ANTIGUO CURA, CANÓNIGO HONORARIO DE BAYEUX, Y DIRECTOR  
DE MUCHAS COMUNIDADES EN PARIS.

CON APROBACION DE MONSEÑOR EL ARZOBISPO DE  
PARIS, Y DE MONSEÑOR EL OBISPO DE BAYEUX.

El gobierno de las almas  
es el arte de las artes.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR JOSE GUZMAN.



MEXICO.

O'SULLIVAN Y NOLAN, IMPRESORES.

1852.

✠ *Dionisio*, arzobispo de París.  
Por mandato de Monseñor el Arzobispo de  
París.—*Eglée*, canónigo secretario.